

La historia de la Literatura Grecolatina durante
la Edad de Plata de la cultura española (1868-1936)

ANEJOS/78

Autores Varios

LA HISTORIA DE LA LITERATURA GRECOLATINA DURANTE
LA EDAD DE PLATA DE LA CULTURA ESPAÑOLA
(1868-1936)

Edición de Francisco García Jurado,
Ramiro González Delgado y Marta González González
Prólogo de José Carlos Mainer

Universidad de Málaga

ANALECTA MALACITANA

(AnMal)

ANEJO LXXVIII DE LA REVISTA DE LA SECCIÓN DE FILOLOGÍA
DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

www.anmal.uma.es

filespa@uma.es

CONSEJO DE DIRECCIÓN

Director: JOSÉ LARA GARRIDO

Editor adjunto: GASPAR GARROTE BERNAL

Coordinadores de edición: BELÉN MOLINA HUETE

CRISTÓBAL MACÍAS VILLALOBOS

Secretaria: BLANCA TORRES BITTER

Administradora: M^a JOSÉ BLANCO RODRÍGUEZ

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier método o procedimiento (reprográfico, mecánico o electrónico) sin la debida autorización por escrito de los titulares del «Copyright».

© *Analecta Malacitana*

Campus de Teatinos/Universidad de Málaga

E-29071 Málaga

© Autores Varios

ISBN: 978-84-95073-63-1

Depósito Legal: SE-¿???

Fotocomposición: Analecta Malacitana

Impreso en España — *Printed in Spain*

Imprime: Publidisa



ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
INTRODUCCIÓN	15
LA HISTORIA DE LA LITERATURA GRECOLATINA Y SU ENSEÑANZA	25
FRANCISCO GARCÍA JURADO, <i>Aproximación a una Historiografía literaria de la Edad de Plata</i>	27
FRANCISCO GARCÍA JURADO, <i>Literatura clásica, griega y latina. Legislación y manuales</i>	57
EDUARDO FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ Y JORGE FERNÁNDEZ LÓPEZ, <i>Retórica y Oratoria clásicas</i>	77
JAVIER ESPINO MARTÍN, <i>Vicente García de Diego y la renovación de la Gramática latina</i>	113
MARÍA JOSÉ BARRIOS CASTRO, <i>La Gramática griega</i>	137
EL MUNDO EDITORIAL Y LAS TRADUCCIONES	157
ÓSCAR MARTÍNEZ GARCÍA, <i>Las versiones homéricas de Luis Segalá bajo el signo del modernismo</i>	159
RAMIRO GONZÁLEZ DELGADO Y MARTA GONZÁLEZ GONZÁLEZ, <i>La tragedia griega. Esquilo, Sófocles y Eurípides</i>	177
SALOMÉ BLANCO LÓPEZ, <i>La comedia latina. Plauto y Terencio</i>	197
DAVID CASTRO DE CASTRO, <i>Los clásicos grecolatinos de la bohemia: las versiones de la editorial Garnier</i>	215

[7]



LA REALIDAD FILOLÓGICA Y CIENTÍFICA	237
CRISTINA MARTÍN PUENTE, <i>Marcelino Menéndez Pelayo y los estudios clásicos</i>	239
JAUME PÒRTULAS, <i>Para una historia de la Fundació Bernat Metge entre 1922 y 1936</i>	269
MARÍA JOSÉ BARRIOS CASTRO, <i>La primera revista de Filología clásica en España</i>	295
RAMIRO GONZÁLEZ DELGADO, <i>Colecciones con texto original de autores griegos y latinos</i>	311
EL ESPACIO LITERARIO: LITERATURA ANTIGUA Y MODERNA	
ÁNGEL RUIZ PÉREZ, <i>Lo bucólico en la literatura del cambio de siglo</i>	335
ANDRÉS ORTEGA GARRIDO, <i>Clasicismo y vanguardia</i>	363
JAVIER ESPINO MARTÍN Y FRANCISCO GARCÍA JURADO, <i>Recuerdos literarios de los profesores de latín</i>	391
MARTA GONZÁLEZ GONZÁLEZ, <i>La censura en las traducciones de los clásicos grecolatinos</i>	415
EL ESPACIO SOCIAL: REGIONALISMO Y NACIONALISMO	
RAMÓN TORNÉ TEIXIDÓ, <i>La efervescencia de los clásicos en el Noucentisme catalán antes de la Fundació Bernat Metge (1900-1923)</i>	443
M ^a TERESA AMADO RODRÍGUEZ, <i>La traducción de los clásicos en Galicia</i>	461
ÍÑIGO RUIZ ARZÁLLUZ, <i>Traducciones vascas de los clásicos griegos y latinos (1802-1936)</i>	487
RAMIRO GONZÁLEZ DELGADO, <i>Literatura grecolatina y regionalismo asturiano</i>	509

TRADUCCIONES VASCAS DE LOS CLÁSICOS GRIEGOS Y LATINOS
(1802-1936)

ÍÑIGO RUIZ ARZÁLLUZ
Universidad del País Vasco

En el prólogo a sus *Versiones bascongadas de varias arengas y oraciones selectas de los mejores autores latinos*, publicadas por primera vez en 1802, Juan Antonio Moguel (1745-1804) expone en los siguientes términos las razones que le han movido a hacer estas traducciones¹:

¿Cómo puede sufrir un bascongado que una multitud de doctos por una parte y por otra del todo ignorantes en nuestro idioma publiquen y sentencien que el bascuence es un lenguaje grosero y bárbaro y que no recibe elegancia? [...] ¿Quién no dirá que unos literatos de tal clase habrían hecho un estudio profundo de este antiguo idioma de España? Pero tienen de ella menos noticias que de la lengua china. Ved aquí a unos ciegos disputando de los primores de los colores. [...] Un noble y sabio prusiano llamado Barón de Humboldt se dedicó en París a la lectura del arte y diccionario bascongados. [...] Ha venido desde aquella capital sin más objeto que el tratar en estos países con los más versados en este idioma. Le he tratado, y quedé admirado de las luces

¹ Para la grafía de los términos vascos me atengo al avance en línea de la 23ª edición del *Diccionario de la lengua española* de la RAE (<http://buscon.rae.es/drae/>), a la hasta ahora única edición del *Diccionario panhispánico de dudas* de la RAE-AALE, Madrid, 2005 (<http://buscon.rae.es/dpd/>) y al *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española* de M. Seco (Madrid, 1998); en cambio, en el caso de los apellidos mantengo la grafía utilizada por los propios autores. Cito de forma abreviada las siguientes revistas: *ASJU* = *Anuario del Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'*; *BAP* = *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*; *RIEV* = *Revista internacional de los estudios vascos*.

que adquirió, de las reflexiones que hacía, de la agudeza de sus preguntas; y como estaba instruido en las lenguas hebrea, griega, alemana y otras del norte, se hacía luego cargo del artificio de la conjugación y de los primores de las inflexiones. [...] Va a publicar en breve alguna obra sobre este idioma despreciado por muchos sabios españoles, que debían confundirse con semejante ejemplo. El sabio prusiano quiere demostrar que el idioma bascongado es elocuente, puro y fecundo. Por su súplica y influxo he hecho las versiones de varias arengas y oraciones selectas de Q. Curcio, Tito Libio, Tácito, Salustio, y también las de los dos exordios de las dos oraciones de Cicerón contra Catilina, todas piezas de la mayor elegancia.

Sin embargo —añade Moguel— buena parte de la culpa la tienen los propios vascos:

Pero es preciso confesarlo con vergüenza: no se ha cultivado hasta ahora en esta parte el idioma bascongado. Lo que es más increíble: no hay una docena de paisanos que sepan leer con sentido y expedición su idioma nativo. [...] Ellos observan y aun envidian la hermosura, propiedad y facilidad con que los rústicos la hablan sin que jamás les falte una voz para explicarse con expedición en cuanto ocurra de trato humano. Advierten lo mismo en algunos predicadores tratando asuntos más abstractos y elevados. [...] Luego el defecto no está en el idioma, sino en no estimarle y dedicarse a su estudio, observando las locuciones y significados de los que sólo saben su idioma patrio. Debieran emplearse en leer los libros bascongados y verían que con su ejercicio se puede leer con la misma expedición y sentido que los libros castellanos².

La ideología sobre el euskera —contraria o favorable y, en cualquier caso, muy diferente de la que pudo haberse desarrollado sobre cualquier otra lengua peninsular— ha determinado a menudo la propia literatura escrita en vasco: es en este contexto como hay que entender las palabras de Moguel y, en realidad, buena parte de la historia de las traducciones de los clásicos al vascuence. En

² Se publicó por primera y única vez en Tolosa el año 1802, aunque ahora disponemos de una edición facsímil (Zarauz, 1999) con prólogo de A. Arejita (págs. 7-30); los dos pasajes citados —que puntúo según la norma actual— se encuentran en las págs. [3-4] y [5-6]. Tal y como se ha señalado, tuvo siempre una difusión muy limitada; Julio de Urquijo, en su glosa a la bibliografía de Vinson, señala lo siguiente: «Aunque raro, han pasado por mis manos varios ejemplares» (J. Vinson, *Essai d'une bibliographie de la langue basque* [con las anotaciones de J. de Urquijo editadas por L. Michelena], San Sebastián, 1984 [1ª ed., París, 1891-1898], n.º 152). No deja de ser significativo que el texto de las traducciones, así como parte de la introducción, fueron recogidos por C. A. F. Mahn, *Denkmäler der baskischen Sprache...*, Berlín, 1857 [= Oosterhout, 1967], págs. 47-54, una obra que también tuvo escaso curso en el País Vasco (léase al respecto la anécdota que cuenta el propio J. Vinson, «Le docteur Mahn et la langue basque», *RIEV*, 13, 1922, págs. 560-561).

efecto, desde finales de la Edad Media y, sobre todo, a partir del siglo XVI, el euskera se convierte en objeto de una abundante literatura polémica que está más o menos estrechamente relacionada con las amenazas que se ciernen sobre el régimen foral del País Vasco: además de la cuestión —casi podríamos decir que popular— de si el vascuence fue la primitiva lengua de España, se trata sobre todo de sus cualidades supuestamente extraordinarias, despreciables para unos y sublimes para otros. Así, por poner un ejemplo que el propio Moguel aduce en el prólogo de sus *Versiones bascongadas*, el jesuita padre Mariana (1536-1624) había dejado escrito en su *Historia general de España* que el vascuence es un «lenguaje grosero y bárbaro y que no recibe elegancia»; otros, normalmente autóctonos aunque no sólo, destacan sobre todo la lógica que gobierna su gramática y su venerable antigüedad —es decir, su antigüedad *in situ*, como solía apostillar Michelena—³. Conviene tener en cuenta que, a partir de la Ilustración y como consecuencia de la progresiva disminución de la autonomía vasca, esta ideología contraria al euskera viene ligada muchas veces, en el mundo real, a políticas muy restrictivas por ejemplo en materia de publicación de libros en vascuence⁴.

Fuera de las manifestaciones apoloéticas o denigratorias, se encuentra con relativa frecuencia —pero en este caso, y en claro contraste con el anterior, sólo entre los pocos que leen o escriben en euskera— la idea también ex-

³ La cita de Mariana —junto con una visión de conjunto de las ideas sobre el vascuence— está, por ejemplo, en A. Tovar, *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Madrid, 1980, pág. 33, que debe leerse junto con la reseña de L. Michelena en *Muga*, 10, 1980, págs. 122-128 (reimpresión en Id., *Sobre historia de la lengua vasca*, ed. J. A. Lakarra, San Sebastián, 1988, II, págs. 920-926). El tono del discurso opuesto puede verse en los títulos de algunos capítulos de la extensísima introducción que lleva el *Diccionario trilingüe* del también jesuita padre Larramendi: «El vascuence es lengua más perfecta en la propiedad de sus voces»; «El vascuence es lengua de más distinción y puntualidad que otras en los modos y fórmulas de hablar»; «El vascuence es lengua más cortés y discreta que otras muchas»; «El vascuence es lengua de más concierto y consecuencia que otras muchas»; «El vascuence es lengua de más armonía que otras muchas»; «El vascuence es lengua más rica y copiosa que otras muchas»; «El vascuence es lengua matriz»; «El vascuence es de las matrices mayores»; «El griego tiene voces del vascuence»; «El latín tiene voces del vascuence»; «El francés tiene voces del vascuence»; «El italiano tiene voces del vascuence»; etc. (M. de Larramendi, *Diccionario trilingüe del castellano, vascuence y latín...*, San Sebastián, 1745 [= ib., 1984], I, págs. i y sigs.). Sobre las apoloéticas de la lengua vasca véase ahora R. Gómez y B. Urgell, «Descripción y defensa de la lengua vasca durante los siglos XVI y XVII», [en línea] <<http://artxiker.ccsd.cnrs.fr/artxibo00392295/en>>, con bibliografía al día [consulta: 30-IX-2009].

⁴ Baste remitir a L. Michelena, «Lengua y cultura», *Primera semana de antropología vasca*, Bilbao, 1971, págs. 305-340 (ahora en Id., *Lengua e historia*, Madrid, 1985, 143-162, pág. 159 y n. 29); véase también, en el mismo sentido, Id., «Iztueta, testigo político de su época», *Euskal Herria (1789-1850). Actes du colloque international d'études basques (Bordeaux 1973)*, Bayona, 1978, págs. 167-179 (también en Id., *Palabras y textos*, Vitoria, 1987, págs. 349-361), e Id., «Euskara eta euskararekiko ikerlanak (1700-1880)», en *IX Congreso de estudios vascos. Antecedentes próximos de la sociedad vasca actual. Siglos XVIII y XIX*, San Sebastián, 1984, págs. 237-250 (también en Id., *Sobre historia*, II, págs. 948-964, y en castellano en A. Lertxundi [ed.], *Koldo Mitxelena entre nosotros*, San Sebastián, 2001, págs. 107-132).

presada por Moguel de que los vascos no han cultivado suficientemente su idioma. En el prólogo del *Gero* (1643), obra cumbre de la prosa vasca que, dicho sea de paso, está repleta de citas latinas que el autor traduce puntualmente —quizá no en último lugar para demostrar también así las capacidades de la lengua—, Pedro de Axular (1556-1644) la formulaba definitivamente de la siguiente manera: «Si se hubieran hecho en vasco tantos libros como se han hecho en latín, en francés o en otras lenguas, sería tan rico y perfecto como aquéllas; si no es así, son los vascos los que tienen la culpa, no el vascuence»⁵. Sobra aclarar que el objeto de esta clase de traducciones —a diferencia de lo que sucede con los libros de religión, tan abundantes en la literatura vasca de la época— no ha sido el mero deseo de facilitar a los lectores el acceso a los autores clásicos: para los vascos que quisieran leer a los clásicos griegos y latinos era más fácil hacerlo en traducciones españolas o francesas.

Así, demostrar que el euskera puede estar a la altura de las lenguas de mayor prestigio y contribuir a su cultivo literario son los dos propósitos principales que han estado en el origen de las traducciones vascas de los clásicos al menos hasta la segunda mitad del siglo XX⁶. La edición original de las *Versiones bascongadas* tuvo una difusión realmente escasa. En 1881 se publicó póstumamente *Peru Abarca*, la obra más conocida de Juan Antonio Moguel y quizá una de las más influyentes de la historia de la literatura vasca: se trata de una sucesión de diálogos —inspirados, por cierto, en los de Juan Luis Vives— entre Peru, hombre de campo que conserva su lengua íntegra y pura, y el barbero Maisu Juan que, por su propia condición, posee un vascuence empobrecido y contaminado por el castellano⁷. Es sobre todo una demostración

⁵ P. Axular, *Gero*, ed. L. Villasante, Oñate, 1976, § 10.

⁶ Sin ir más lejos, el subtítulo de las *Versiones bascongadas* de Moguel reza así: «Demostración práctica de la pureza, fecundidad y elocuencias del idioma bascuence contra las preocupaciones de varios escritores extraños y contra algunos bascongados que sólo tienen una noticia superficial del idioma patrio». Sobre esta cuestión —y algunas otras que tocan también lo que aquí nos interesa— véase J. Kortazar, «La presencia de la literatura clásica en la tradición escrita vasca», en V. Valcárcel (ed.), *Didáctica del latín. Actualización científico-pedagógica*, Madrid, 1995, págs. 229-249, así como R. González Delgado, «Nacionalismo y regionalismo en la consideración de la literatura grecolatina durante el siglo XIX», en F. García Jurado (comp.), *La historia de la literatura grecolatina en el siglo XIX español: espacio social y literario*, Analecta Malacitana, Málaga, 2005, págs. 361-383.

⁷ En rigor, *Peru Abarca* empezó a publicarse por primera vez «en el diario carlista *Beti bat* (Bilbao, 1880) y al año siguiente como libro en Durango» (L. Michelena, *Historia de la literatura vasca*, Madrid, 1960, pág. 122 n. 35); posteriormente las ediciones se sucedieron con cierta frecuencia: Bilbao, 1899; Durango, 1904; San Sebastián, 1933 y 1948-1950; Zarauz, 1956; etc.; hay que tener en cuenta también que, antes de la edición de Durango de 1881, la obra tuvo cierta difusión a través de copias manuscritas. Véanse los detalles en Vinson, *Essai d'une bibliographie*, n.º 544, J. San Martín, «Prólogo» a J. A. de Moguel, *Peru Abarca*, Bilbao, 1981, págs. 5-9, y J. A. Mogel, *Peru Abarca*, ed. A. Arejita, San Sebastián, 1990 (el fragmento citado más arriba está en las págs. 176-178 de la edición de Arejita; la traducción —como todas las que siguen— es mía, pero tengo presente la de Juan C. de Cortázar editada por Azkue y reimpressa después varias veces). Para otras implicaciones de la obra —y para la figura de Moguel— véase sin

práctica de una de las tesis que ya hemos visto en el prólogo de las *Versiones bascongadas*: a saber, que si hay quienes creen que la lengua vasca es pobre y falta de elegancia, no es porque realmente el vascuence tenga dichas carencias, sino porque quienes así piensan no lo dominan suficientemente —tal y como le sucede a Maisu Juan—. A modo de conclusión, la obra tiene un apéndice que consiste en otro diálogo, esta vez entre dos amigos, el fraile Pedro y el cura Juan, en el que los dos protagonistas se lamentan del poco interés que los eclesiásticos —vascos, por supuesto— muestran por su propia lengua, de las dificultades que tienen muchos de ellos a la hora de dar el sermón en vascuence y de la necesidad de cultivarlo y de recuperar la pureza que conserva en los labios de los aldeanos:

[P. Juan] ¡Es increíble! ¡No poder hablar en la lengua que aprendió del pecho de su madre! ¡Y ni siquiera quiere aprender la única lengua que conocen los feligreses de los caseríos! ¿Qué camino tomaremos, Padre Pedro?

[Fr. Pedro] Publicar en abundancia libros vascos. Aplicarse a ellos día y noche. [...] Pero quienes no hablan vascuence y los malos vascogados nos dirán una y otra vez que la lengua vasca no es capaz de expresar cosas elevadas, ni siquiera las que solemos tener entre las manos. [...].

[P. Juan] ¿Quiere que les haga callar ahora en lo que respecta a la segunda acusación?

[Fr. Pedro] Se lo ruego, y para eso traduzca usted al vasco los discursos más elevados y elegantes que nos dejaron los romanos, para que todo el mundo sepa que el vascuence es capaz de expresar cualquier cosa.

[P. Juan] En seguida: hagámosles hablar en vasco a Quinto Curcio, Salustio, Tito Livio, Tácito y Cicerón, que son los más afamados, y así se verá que el euskera tiene palabras vivas, elegantes, sonoras y apropiadas para expresar cosas elevadas.

Y siguen a continuación los mismos discursos que contiene el libro de 1802, sólo que aquí están traducidos al dialecto vizcaíno —en las *Versiones bascongadas* estaban en guipuzcoano—, el mismo en el que está compuesto *Peru Abarca*.

Además de las dos razones principales que hemos visto movían a Moguel, asoma ya con fuerza una tercera que volveremos a encontrar con frecuencia en las traducciones de épocas posteriores: la de proponer a sus lectores un modelo de lengua. En este caso, un modelo de lengua que, como el de la inmensa mayoría de sus contemporáneos —sobre todo los de este lado de los

falta J. Juaristi, «Las fuentes ocultas del romanticismo vasco», *Cuadernos de Alzate*, 7, 1987, págs. 86-105 (también en R. Gómez y J. Lakarra [eds.], *Euskalaritzaren historiaz, I: XVI-XIX. mendeak*, San Sebastián, 1992, págs. 341-365).

Pirineos—, se halla bajo el influjo de la obra de Larramendi (1690-1766): básicamente, un cierto purismo léxico que se sirve de la derivación y la composición para acuñar aquellos términos de los que carece la lengua popular —es decir, el registro popular de cualquier lengua—. He aquí cómo lo presenta el propio Moguel (págs. [7-8]):

No hay una sola voz en todas ellas [sc. en las traducciones que siguen a este prólogo] que no sea de origen bascongado. Para la voz ‘República’ tenemos dicciones literales y propias en *taldegauza*, *taldegagintea*, *taldelurra*. Para la voz ‘Senado’ tenemos en uso *batzaarrea*, es decir, ‘Junta de ancianos o varones de maduro juicio y autoridad pública’. Para la de ‘cónsul’, *ondoecuslea*, y así a este tenor las equivalentes a los ‘Quirites’, ‘padres conscriptos’, ‘embajadores’, ‘centurión’, ‘diputados’. No hay idioma que se le aventaje en su gusto y artificio para formar voces descriptivas. El latín se ha enriquecido a costa del idioma griego. [...]. Así el latín como sus criaturas el francés, italiano y castellano son en sí muy pobres. El bascongado tiene en el artificio propio de su lengua el modo de formar semejantes nombres compuestos y definitivos.

Moguel había entendido a la perfección cuál era el camino para desarrollar el léxico vasco sin caer en un purismo fantástico —como el que se le había reprochado, un tanto injustamente, a Larramendi— y sin recurrir demasiado al préstamo de las lenguas vecinas —algo que, por no ser el euskera una lengua románica, se veía como una solución poco decorosa—. Y, también para mostrar este camino, las traducciones de los clásicos le venían de perlas⁸.

Juan Antonio Moguel fue un apologista de la lengua vasca que quiso predicar con el ejemplo: las *Versiones bascongadas* —con su prólogo en castellano y sus traducciones eusquéricas— son una prueba muy típica de ambas cosas, y el resto de su obra responde exactamente a las mismas intenciones. Si su vida queda fuera de los límites cronológicos impuestos a este volumen, no así su obra que, aparte de difundirse muy tardíamente, refleja a la perfección los intereses y las actitudes de las generaciones siguientes⁹.

Parcialmente distintos son, en cambio, los que encontramos tras uno de los episodios más curiosos de esta historia. Se trata de la traducción de las églogas primera y tercera de Virgilio por Agustín Pascual de Iturriaga (1778-1851): me adelanto a consignar que se publicaron originalmente en 1842 pero también en este caso su mayor difusión tuvo lugar a partir de 1880, fecha en la que José Manterola da a la luz el *Cancionero vasco* —en realidad, y a pesar del título,

⁸ Hay que señalar, sin embargo, que los neologismos que Moguel pone como ejemplo en el prólogo de las *Versiones bascongadas* no proceden del diccionario de Larramendi.

⁹ Hay una historia general de las traducciones al vasco que puede resultar útil para las distintas épocas que aquí nos interesan: X. Mendiguren Bereziartu, *Euskal itzulpenaren historia laburra*, San Sebastián, 1995.

una antología de poesías vascas de muy diverso tipo— que recoge las dos versiones que nos ocupan¹⁰. Iturriaga constituye un caso relativamente atípico en la historia de las letras vascas: sacerdote, pero al mismo tiempo hombre de ideas más bien liberales, se dedicó sobre todo a la enseñanza y publicó varios escritos destinados precisamente a este fin. Hay que destacar que su obra y su vida misma estuvieron muy influenciadas por un fuerte sentimiento fuerista y por su amistad con José Antonio Muñagorri (1794-1841), cabecilla de un movimiento minoritario y casi sólo guipuzcoano que —con el apoyo más o menos tácito de los liberales— trató de terciar en la primera guerra carlista (1833-1840) proponiendo desligar la reivindicación fuerista de la cuestión dinástica. En torno a 1830, Iturriaga dirigió a la Diputación de Guipúzcoa una *Memoria sobre la conservación de la lengua bascongada* que presenta una alternativa práctica a la obra de los apologistas —que, por supuesto, siguen siendo un punto de referencia inevitable—:

[...] pero lo que veo es que, mientras nuestros filólogos están haciendo la anatomía de esta lengua, se nos va escapando de las manos, digámoslo así, y que si nos descuidamos nos vamos a quedar como el cuervo de la fábula, hinchados de vanidad y sin queso. ¿Qué importa que el vascuence sea propísimo en la significación de sus voces, muy cortés en sus fórmulas y expresiones, ordenadísimo en sus reglas [...], la más antigua lengua de España, universal por un tiempo en la Península primitiva si se quiere y, como tal, inspirada por el mismo Dios a nuestros primeros padres? ¿Qué importa, digo, todo esto, si cada día camina con más celeridad hacia su perdición y se nos va a desaparecer totalmente?¹¹

¹⁰ La traducción de las églogas se publicó por primera vez en A. Pascual de Iturriaga, *Fábulas y otras composiciones en verso vascongado...*, San Sebastián, 1842, págs. 165-179, obra que debió de tener una difusión muy limitada cuando Manterola, en 1878, la llama «curiosa obra, agotada ya», y la describe como si se tratara de una auténtica rareza bibliográfica (J. Manterola, *Cancionero vasco. Poesías en lengua éuskara recogidas, ordenadas y acompañadas de traducciones castellanas, juicios críticos, noticias biográficas de los diversos escritores y observaciones filológicas y gramaticales por J. M.*, San Sebastián, 1877-1880 [= ib., 1981], serie I, t. IV, pág. x, n. 2). A partir de 1880 tuvieron bastantes ediciones: se recogieron, como ya se ha dicho, en el *Cancionero vasco* (serie III, págs. 135-171); por su parte, el libro de 1842 tuvo otra edición aunque con distinto título (A. P. de Iturriaga, *Ipyuac eta beste moldaera batzuec...*, Tolosa, 1884, a pesar de que las églogas no se incluyeron en la edición de 1932, publicada igualmente en Tolosa por M. Lecuona y J. Ariztimuño 'Aitzol'); están también en G. Mujika, *Ernaniar ospetsuak: Iturriaga, Kardaberaz, Urbieta*, San Sebastián, 1910, págs. 81-90. Sobre las cuestiones que plantean los manuscritos de Iturriaga —algunos de ellos manejados por Manterola y Múgica y en posesión, finalmente, de don Julio de Urquijo—, véase Í. Ruiz Arzálluz, «Virgilio Txerribuztangoerrekan. (I. *Bukoliken eta Georgiken* euskal itzulpenak)», *ASJU*, 29, 1995, 661-696, pág. 669 n. 10.

¹¹ J. I. Lasa, «Iturriaga, adelantado de las artes pedagógicas sobre el vascuence», *BAP*, 21, 1965, 185-196, pág. 183.

Iturriaga constata cómo el vasco va perdiendo terreno frente al castellano y encuentra que la escuela es el factor determinante de esta situación. Pero es también un hombre práctico: excluir el euskera de la escuela —dice— no sólo es lamentable por su contribución al retroceso de la lengua, sino que constituye un grave obstáculo para el aprendizaje de la lectura y de la propia lengua castellana. Se trata, por tanto, de que los niños aprendan a leer en vasco y empiecen por conocer la gramática de su lengua materna y, a partir de ahí, adquieran con mayor eficacia el castellano: «por el nuevo método hablarán los niños un castellano mucho más regular y [...] lo hablarán con mucha más expedición. Por él se conseguirá además otra ventaja de la mayor importancia, y es que se cultivará nuestra lengua nativa» (págs. 194-195). Esta revolucionaria *Memoria* no era una elucubración más o menos coyuntural, sino que responde plenamente a los intereses que muestra Iturriaga en la totalidad de su obra: un *Arte de aprender a hablar la lengua castellana para el uso de las escuelas de primeras letras de Guipúzcoa* (Hernani, 1841) y unos *Diálogos basco-castellanos para las escuelas de primeras letras de Guipúzcoa* (Hernani, 1842) cuyo original acompañaba la *Memoria* dirigida a las Juntas de Guipúzcoa¹².

La traducción de las dos églogas virgilianas se encuentra como apéndice en un tercer libro de Iturriaga titulado *Fábulas y otras composiciones en verso vascongado* (San Sebastián, 1842): una cincuentena escasa de fábulas —la mayor parte de ellas tomadas de Samaniego— que, como el resto de sus obras, estaba también sin duda destinada a la escuela¹³. Todo el libro tiene un marcado tono popular que ya de entrada se pone de manifiesto en el metro utilizado tanto en las fábulas como en las dos églogas —el zorcico menor, *zortziko txikia*—; los títulos que llevan estas últimas apuntan también en la misma dirección: *Artzai coplac* la primera ('Coplas pastoriles') y *Coplarien tema Palemon juez dutela* ('Una competición entre versificadores con Palemón

¹² Para la personalidad y la obra de Iturriaga baste remitir a L. Villasante, *Historia de la literatura vasca*, Aranzazu, ²1979, págs. 256-260, y a la bibliografía que cito en Í. Ruiz Arzálluz, *op. cit.*, págs. 668-678; sobre su relación con Muñagorri véase especialmente A. M. Labayen, *Muñagorri. Escribano, pacificador y fuerista*, San Sebastián, 1976, así como J. Bujanda, *Euskara eskolan eraiki nahi zuen euskal pedagogo aurrerakoa: Agustín Pascual Iturriaga*, Bilbao, 1991; el estudio más reciente sobre Iturriaga, especialmente interesante —desde el punto de vista que aquí nos importa— para el contexto histórico, es el discurso de ingreso en Euskaltzaindia de M. Zalbide, «Pedagogoa Batzar Nagusietan. Hizkuntzen azterbideak, Iturriagaren argitan», Euskaltzaindia [en línea] <<http://www.euskaltzaindia.net/dok/plazaberri/0015/#b2>> [consulta: 30-IX-2009].

¹³ He intentado probar este destino escolar de las *Fábulas y otras composiciones en verso vascongado* en Í. Ruiz Arzálluz, *loc. cit.*, págs. 675-676. Por otro lado, quizá no esté de más recordar aquí que el alavés Samaniego escribió sus fábulas «para uso del Real Seminario Bascongado» de Vergara, según reza el propio título, y por instigación de su tío abuelo el azcoitiano Xavier María de Munibe, Conde de Peñafiorida (1723-1785), autor de versos vascos —con probables reminiscencias virgilianas— y fundador y alma mater de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País y del citado Seminario de Vergara.

como juez¹⁴). También la lengua es popular: a diferencia de Moguel —y de los traductores que vendrán después—, Iturriaga no tiene interés en demostrar los primores de la lengua; de hecho, y aunque conoce a Larramendi e incluso se toma el trabajo de reivindicarlo como paisano (argumentando, en una nota marginal de su *Memoria*, que el ilustre polemista nació accidentalmente en Andoáin pero que en realidad era de Hernani, como él), no se preocupa de evitar siquiera los préstamos léxicos más llamativos: su vascuence es más o menos el mismo que emplea la gente o —puesto que estamos hablando de versos— el que utilizan los bersolaris en sus improvisaciones. Otra cosa es si entre sus objetivos está el de mostrar que también las obras más elevadas —en el contexto en el que estamos ahora las *Bucólicas* lo son— pueden expresarse en vasco: yo diría que, en efecto, ésta es una de las razones —no la única, ni mucho menos— por las que Iturriaga incluyó las dos piezas virgilianas en su libro de fábulas. Aquí no es necesario señalar que este tono popular —que, insisto, está en perfecta consonancia con el libro en el que se incluyen— es un ingrediente añadido por Iturriaga y que se encuentra en las antípodas de lo que realmente era la obra de Virgilio¹⁵.

No cabe duda de que, en la traducción de Iturriaga —y empezando por los títulos de ambas piezas—, se establece una equiparación entre los pastores virgilianos y los bersolaris vascos: una lectura tan disparatada como obvia. Así es como presentaba las dos églogas José Manterola (1849-1884) al incluirlas en el *Cancionero vasco* antes citado (serie III, págs. 135-137):

En cuanto a su ejecución, están hechas con tal esmero, hay tanta naturalidad en aquellos diálogos, tal espontaneidad en la frase y tal

¹⁴ Creo que el título que Iturriaga ha puesto a la traducción de la tercera égloga procede de las fábulas de Fedro, un autor que también está presente en las *Fábulas y otras composiciones en verso vascongado*; en concreto, me refiero a encabezamientos como *Lupus et vulpis iudice simio* (I, 10) o *Apes et fuci vespa iudice* (III, 13). Véanse los detalles en Í. Ruiz Arzálluz, *loc. cit.*, pág. 672.

¹⁵ Respecto a otras cualidades de la traducción de Iturriaga, encuentro ilustrativas estas apreciaciones de Manterola, *op. cit.*, serie III, pág. 136: «El Sr. Iturriaga ha tenido la fortuna de dar en sus versiones con el suspirado justo medio, quitándoles la aridez y aun la oscuridad de que generalmente adolecen las traducciones literales, demasiado apegadas al texto, y huyendo del extremo contrario, no menos peligroso, de que éste no se dé a conocer sino como una mera imitación, con todos los defectos de tal y sin ninguno de los primores del original, como acontece en muchas de las versiones que se han hecho a casi todas las lenguas de las obras de Virgilio y de otros escritores clásicos». En idéntico sentido se manifestaba, unos años después, Carmelo Echegaray (*Apéndice á la obra «Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa» de D. Pablo de Gorosábel, por el cronista de las provincias vascongadas don C. de E.*, Tolosa, 1901, pág. 24): «[...] trabajando sobre materia tan conocida como las fábulas de Samaniego, logró ser original en cuanto cabe serlo, merced al sello personal que estampó en sus versos y a la maravillosa manera como los adaptó al modo de ser propio de la gente vascongada. Igual conducta observó cuando vertió al vascuence dos églogas virgilianas. Nadie que las leyera sin conocer su procedencia supondría que aquello está tomado de ninguna literatura extraña [...] sino nacido al contacto de la tierra vasca...».

facilidad en el verso, que si no fuera por ciertas alegorías y alusiones, pasarían ciertamente por originales. Y éste es el mayor elogio que de ellas puede hacerse [...] Sobre todo la titulada *Palemon* (*Koplarien tema*) refleja admirablemente esas luchas de *bersolaris* o *koplakaris* ('improvisadores'), tan comunes en el país bascongado, y gracias a esta circunstancia sus traducciones han alcanzado una popularidad que no ha cabido en suerte a otras versiones del poeta mantuano, y tienen la fortuna de ser leídas con verdadero deleite aun por nuestros más rústicos e incultos aldeanos, que creen así presenciar una de esas lides a que están ellos tan acostumbrados.

Aunque tampoco es una cuestión que tenga aquí mayor relevancia, obsérvese que Manterola no habla de la fidelidad de las traducciones, sino de la eficacia con la que Iturriaga ha sabido adaptarlas a un ambiente y a unos lectores nuevos y diferentes. Más nos interesa, en cambio, el análisis de Nicolás Ormaechea 'Orixe' (1888-1961), uno de los grandes autores de la literatura vasca del siglo xx y sin duda ninguna el más importante traductor vasco de autores clásicos; el fragmento que sigue pertenece a un artículo de 1927 que lleva el significativo título de «Los amebeos vascos»:

Si has llegado a leer los versos amebeos de Teócrito o de Virgilio quizá te habrá ocurrido dudar de la verdad histórica de lo que imitador e imitado afirmaron respecto de la facultad de aquellos pastores de disputar en versos alternos sometiéndose al fallo de un árbitro de su misma categoría. Mucho habrás leído en autores de crítica contra los pastores un tanto cortesanos que pinta Virgilio, o contra su poesía pastoril, demasiado académica. Pero si hubieras visto una realidad que yo he llegado a presenciar, no te hiciera falta ningún argumento histórico para convencerte, o dudar siquiera, de que aquellos pastores poetas no son seres enteramente imaginarios, y de que su poesía, aún a través del pulimento que sufrió en Virgilio, tiene toques de netamente bucólica. Muy fácil es la censura y muy difícil la crítica documentada de escritores como el mantuano. [...] ¿Será presunción el emparentar nuestra poesía oral con la de aquellos árcades o comparar sus modales y costumbres con las de los nuestros? ¿Será atrevimiento el poner a Pernando, Pello-Errota, Txirrita en parangón con Títilo y Melibeo, con Menalcas, Mopso y Palemón? Creo que no, y menos si tuviéramos conocimiento directo de su poesía, no escrita, seguramente, ni pronunciada, en hexámetros virgilianos. [...] Compara finalmente las traducciones de amebeos clásicos de Iturriaga con sus originales, y deducirás, si has oído improvisar, que este traductor, el más culto y popular juntamente de nuestros traductores, entendió muy bien y adaptó admirablemente al euskera de los *bersolaris* a Virgilio; que debió de escuchar a los Pello y Txirrita de su tiempo, cosa que quizá no pudo hacer Virgilio con sus

pastores, y que este asunto que hoy he tocado merece menos desdén y más estudio del que se le ha dedicado hasta la fecha¹⁶.

Orixe —que tenía una buena formación clásica y fue profesor de latín en seminarios de la Compañía— va más allá: no le interesa tanto si esa equiparación que ha llevado a cabo Iturriaga es más o menos legítima, sino el hecho de que Virgilio, por remotamente que sea, puede servir para dignificar a los bersolaris vascos («[...] merece menos desdén y más estudio del que se le ha dedicado hasta la fecha»). Y, aquí, quien dice los bersolaris dice la cultura vasca en general y la propia lengua.

Al mismo tiempo que el fuerismo cobra más fuerza que nunca como consecuencia del desenlace de la —según el cómputo vasco— segunda guerra carlista (1872-1876), aumenta también de manera considerable el interés por la cultura del País y, en particular, por la lengua y la literatura vascas: es lo que se ha dado en llamar «renacimiento éuskaro»¹⁷. Fruto de este renovado sentimiento vasquista es el *Cancionero vasco* (1877-1880) del donostiarra Manterola —«un avance gigantesco en su día», que no por casualidad recoge, como se ha visto más arriba, la traducción de Iturriaga de las dos églogas virgilianas—, la *Revista éuskara* (1878-1883), publicada en Pamplona por la Asociación Éuskara de Navarra y entre cuyos miembros destaca un joven Arturo Campión (1854-1937), o la revista *Euskal-Erria* (1880-1918), que fundó y dirigió hasta su muerte el propio Manterola —y de la que fue asiduo colaborador, casi siempre en vasco, Serafín Baroja, el padre de Pío—¹⁸. No puede decirse que los clásicos estén ausentes de este renacimiento: en el *Cancionero vasco*, además de la traducción de Iturriaga, se recoge también una imitación de Safo I, 31 por un casi desconocido José Joaquín Ormaechea —quien debió de componerla muy a finales del siglo XVIII o a principios del XIX—, así como una adaptación de *Geórgicas* II, 458-474, con reminiscencias de otros pasajes virgilianos, a cargo de Martín Guilbeau (1839-1912), poeta y político liberal vasco-francés contemporáneo de Manterola¹⁹; en la *Revista éuskara*, el propio Manterola publicó la traducción de uno de los poemas de Anacreonte y del idilio XIX de Teócrito, piezas ambas que volvió a reproducir, pocos años después, en las páginas de

¹⁶ N. Ormaechea, «Los amebeos vascos», *Euzkadi*, 31-VIII-1927 (reproducido en Id., *Idazlan guztiak. III. Artikulu eta saiakerak*, ed. P. Iztueta, San Sebastián, 1991, págs. 238-240).

¹⁷ Sobre este momento de la historia de la literatura vasca pueden verse las observaciones de L. Michelena, *Historia*, págs. 135-138, y L. Villasante, *op. cit.*, págs. 281-282; la cita que sigue a continuación es también de Michelena, *loc. cit.*, pág. 136.

¹⁸ El estudio más completo acerca de la *Revista éuskara* es la «Introducción» de L. Valverde a la edición facsímil publicada en San Sebastián en 1996 (t. I, págs. ix-xlvi).

¹⁹ «Oda de Sapho a Phaón. Imitación hecha en lengua éuskara por D. José Joaquín de Ormaechea (dialecto guipuzcoano)», en J. Manterola, *op. cit.*, serie I, t. II, págs. 27-35; «Laborariaren dohatsutasuna, por M. Guilbeau», *ib.*, serie III, págs. 172-180. En relación a este Ormaechea apenas sabemos más que lo que nos cuenta, ahí mismo, José Manterola; sobre Guilbeau, véase el artículo de P. Ch[arriton] en el *Diccionario enciclopédico vasco*, San Sebastián, 1984, XVII, s. v.

su revista *Euskal-Erria*²⁰. La finalidad de estas traducciones —común también a otros proyectos editoriales que llevaron a cabo los protagonistas de aquel modesto renacimiento— la expresa muy claramente Manterola en el prólogo de la serie III del *Cancionero* (págs. v-xii, viii):

Nuestra poesía, hasta hoy meramente popular, hija de la sencilla inspiración de humildes rústicos que cantaban sin darse cuenta de ello, como cantan las aves, obedeciendo a una necesidad de la naturaleza, comienza a ser practicada con estudio, a ser cultivada por hombres de ilustración, peritos en el manejo de lenguas y literaturas extrañas, penetra ya en el campo de lo trascendente, y este renacimiento, cuyos albores saludamos con inmensa satisfacción, no puede ocultarse a la vista de nadie que fije su atención en el desarrollo que empieza a adquirir el movimiento literario en la tierra éuskara²¹.

Por tanto, cultivar la lengua y extender su uso a esferas más elevadas; de paso, probar una vez más a quienes menosprecian el vascuence que éste «se presta perfectamente, y como el que más, a todos los géneros de poesía»²². Ciertamente, las traducciones de los clásicos no son muy abundantes en este ambiente, quizá porque, a diferencia de lo que veremos en las décadas siguientes, los eclesiásticos tienen un papel bastante secundario en este pequeño renacimiento vasco —un hecho más bien insólito y que, por lo que sé, no suele señalarse en la historiografía de la literatura vasca—. Naturalmente, no son las únicas que se publican por esos años: en el *Cancionero vasco* hay también traducciones de Calderón, Lope, Fray Luis, Villegas, etc.; en la *Revista éuskara* se encuentran algunas —pero lo cierto es que muy pocas— de Manuel de la Revilla, Campoamor, Tennyson; y menos aún —salvo del vasco al castellano

²⁰ J. Manterola, «Emakumeen gañean (Traducción al bascuence guipuzcoano de la oda II de Anacreonte)», *Revista éuskara*, 2, 1879, págs. 22-24 [= *Euskal-Erria*, 7, 1882, pág. 152]; Id., «Abaraska ostutzallea (Traducción al bascuence guipuzcoano del idilio XVIII de Teócrito)», *Revista éuskara*, 2, 1879, págs. 22-24 [= *Euskal-Erria*, 7, 1882, pág. 288]. La pieza de Anacreonte a la que Manterola llama «la oda II» es la que lleva el número XXIV en la edición de las *Anacreónticas* de M. Brioso Sánchez, Madrid, 1981. Sobre estas traducciones de Manterola puede verse R. González Delgado, «Anacreonte en la prensa del siglo XIX: las versiones de Aurelio Querol (1870), Manuel Corchado (1876), José Manterola (1879) y Vicente Colorado (1880)», *Cuadernos de filología clásica. Estudios griegos e indoeuropeos*, 15, 2005, págs. 175-195.

²¹ Abunda en este mismo sentido en el prólogo general a la serie I (t. I, págs. vii-xv, xii): «Además, y para enriquecer con joyas extrañas el caudal de la literatura éuskara, haciendo así más vasto su campo, publicará el *Cancionero vasco*, alternando con las composiciones originales en dicha lengua [sc. vasca], algunas traducciones en verso vascongado de poesías que hayan alcanzado justo renombre, de escritores nacionales y extranjeros».

²² Lo dice —y merece la pena recogerlo— al presentar la adaptación del poema de Safo (J. Manterola, *op. cit.*, serie I, t. II, págs. v-vii, vi): «[la imitación vasca de José Joaquín Ormaechea] prueba que los buenos modelos clásicos no han sido extraños a los poetas vascos, y que nuestro prehistórico idioma, a pesar de cuanto se ha dicho en contra de él por quienes no le conocían, se presta perfectamente, y como el que más, a todos los géneros de poesía».

y viceversa— en los números de *Euskal-Erria*. Sin querer exagerar su importancia —y a pesar de que no pueden pasarse por alto esas reflexiones que Manterola va salpicando en el *Cancionero*—, no deja de llamar la atención su mera existencia en un movimiento en el que predomina una actitud digamos populista²³.

Muy a fines del siglo XIX y, sobre todo, a partir de los primeros años del XX, el panorama cambia sensiblemente: se produce un notable auge de la literatura escrita en vasco y se difunde cierta voluntad de planear su desarrollo mirando sobre todo por su extensión más o menos sistemática a parcelas —de la cultura o de la vida misma— en las que hasta entonces no se había utilizado²⁴. Una vez más, pero quizá con una intensidad superior a la de cualquier época precedente, el euskera se convierte en objeto de toda suerte de reflexiones y polémicas: naturalmente, es la época en la que van abriéndose paso las ideas propugnadas por Sabino Arana (1865-1903), pero es también el momento en el que una personalidad como Miguel de Unamuno (1864-1936), con una capacidad de influencia muy superior probablemente a la de cualquier otro intelectual de la época, entra en escena proclamando la supuesta ineptitud intrínseca del euskera para convertirse en lengua de cultura e instando a los vascos a precipitar la muerte de lo que considera una rémora para su progreso²⁵. La actitud de Unamuno tuvo una enorme repercusión en el mundo de quienes escribían en vascuence, que volvieron a sentir la necesidad de demostrar la capacidad

²³ Véanse sobre todo I. Sarasola, *Historia social de la literatura vasca*, Madrid, 1976, págs. 66-67, y J. Juaristi, *Literatura vasca*, Madrid, 1987, págs. 77-81.

²⁴ Lo expresa de manera inmejorable L. Michelena, *Historia*, págs. 141-142: «[...] hay que situar en el último decenio del siglo pasado las primeras señales manifiestas de la aparición de un espíritu nuevo —prefigurado ya en unos cuantos precursores— que había de transformar en muchos aspectos las características de la literatura. Ya no es la poesía el único género cultivado desinteresadamente; desaparece el antiguo predominio de las obras de edificación y formación religiosa, aunque desde luego el fondo de todo lo que se escribe sigue siendo estrictamente católico; se trata con empeño de buscar a la lengua nuevos campos de manifestación, de cultivar los que estaban sin cultivo, y por consiguiente es cada vez mayor el número de traducciones de obras profanas consideradas como modelos. En contraste con el cerrado utilitarismo anterior, la nueva literatura no deja a veces de ser demasiado desinteresada: no se sabe muy bien, en efecto, a qué público pueden estar destinadas algunas de sus producciones».

²⁵ Como es sabido, la intervención más sonada de Unamuno tuvo lugar en la celebración de los Juegos Florales Éuskaros de 1901. Aquel año los Juegos se celebraron en Bilbao, y sus organizadores decidieron invitar a Unamuno, ya rector de la Universidad de Salamanca. Ante un público atónito, Unamuno «motejó al vascuence de lengua inepta, dijo que su muerte era irremediable y deseable, se burló de la dama que hacía de reina de los Juegos» (L. Villasante, *op. cit.*, pág. 349, que remite a la crónica publicada por Sabino Arana en *Euzkadi*, septiembre de 1901, también en Id., *Obras completas*, Buenos Aires, 1965, págs. 1.987-1.992). El discurso se publicó al año siguiente en *La lectura* de Madrid (número de septiembre-octubre, págs. 19-30 y 153-164); se volvió a publicar algunos años después (M. de Unamuno, *Ensayos*, Madrid, 1916, III, págs. 191-237), y otra vez suscitó una oleada de reacciones entre los vascófilos (véase, por ejemplo, la reseña de J. de Urquijo en *RIEV*, 11, 1920, págs. 72-74, donde cuenta una anécdota protagonizada por R. M^o de Azkue a raíz del discurso de Bilbao); puede leerse en M. de Unamuno, *Obras completas*, Madrid, 1966, I, págs. 1.043-1.062 («La cuestión del vascuence»).

del euskera para convertirse en vehículo de la cultura más elevada²⁶. La situación, *mutatis mutandis* y con todas las salvedades que se quiera, no distaba mucho de aquélla en la que Moguel se veía obligado a probar —entre otras cosas traduciendo a Cicerón y a Livio— la falsedad de quienes, en la estela de Mariana y de tantos otros, expresaban ideas bastante similares al fin y al cabo a las de Unamuno. Es natural que, en este contexto, las traducciones de los clásicos mantuvieran una presencia relativamente destacada, a lo que también pudo contribuir que todavía una parte significativa de los autores y los lectores de obras vascas fueran eclesiásticos o tuvieran una formación casi exclusivamente eclesiástica. Por lo demás, y en última instancia como consecuencia de estas polémicas políticas, es un momento en el que proliferan las propuestas sobre los más diversos aspectos de la lengua: podríamos resumir diciendo que una de las características de la época es el purismo que reina en ella incluso a nivel popular, por cierto que no sólo entre los nacionalistas confesos, aunque serán algunos de éstos quienes lo llevarán a su expresión más radical.

Entre 1907 y 1910 fueron apareciendo en las páginas de las revistas *JEL* y *Euzkadi* varias églogas de Virgilio traducidas por el sacerdote guerniqués Cesáreo Miangolarra (1874-1958); dos años más tarde salieron a la luz en forma de libro —con cambios relativamente menores— el conjunto de las bucólicas: *Virgilio 'ren artzain-abestijak*, Bilbao, 1912²⁷. No estará de más señalar

²⁶ Las tesis —y, huelga decirlo, la personalidad misma— de Unamuno está muy presente, sin ir más lejos, en los escritos de algunos de los traductores que aquí nos ocupan: por ejemplo, una de las dos intervenciones de Orixe en las importantes conferencias de Durango de 1921 está dedicada íntegramente a refutar a Unamuno (N. Ormaetxea, «Eusko olerkitzaz», *Lenengo euskalegunetako itzaldiak*, Bilbao, 1922, págs. 31-41, ahora en Id., *Idazlan guztiak. III*, págs. 181-187). Las traducciones son vistas precisamente como un modo de «autorizar» la lengua: «Cicerón opinaba que no se debía de traducir precisamente, a no ser como ejercicio, y él nos dice que practicaba la lectura de los autores griegos y después se ejercitaba en trasladarlo a su manera al latín, hablándolo primero, con lo que nos dejó obras maestras. Es la idea recta de la traducción menos ceñida, pero del contenido cultural mejor asimilado. ¡Oh, si hubiera muchos Cicerones en vasco, aun so pena de no ser originales, como no fue él! ¿No se autorizaría la lengua, y mucho, con tales traducciones?» (N. Ormaetxea, «Orientaciones literarias», *Euzkadi*, 16-XII-1928, ahora en Id., *Idazlan guztiak. III*, 293-294, pág. 294). En estos mismos términos se refiere Orixe a sus traducciones de *El lazarrillo de Tormes* y *Mireya*: «esas traducciones se hicieron con el único fin de autorizar la lengua vasca» (carta a Justo M² Mocoeroa [1901-1990] del 12-IV-1935: Orixe, *Gutunak [1917-1961]*, eds. P. e I. Iztueta, San Sebastián, 2006, n.º 92).

²⁷ *Ecl.*, I: *JEL*, 16-VII-1907, págs. 104-105; *Ecl.*, III: *Euzkadi*, octubre-1907, págs. 295-298; *Ecl.*, V: *Euzkadi*, enero-1908, págs. 75-77; *Ecl.*, VII: *JEL*, 16-IX-1908, págs. 278-279; *Ecl.*, IX: *Euzkadi*, julio-1909, págs. 53-55; *Ecl.*, II: *Euzkadi*, octubre-1909, págs. 173-176; *Ecl.*, IV: *Euzkadi*, septiembre-octubre-1910, págs. 375-377; la traducción de VI, VIII y X sólo se publicó en el libro de 1912. Las églogas I y III se recogieron también en G. Mujika, *op. cit.*, págs. 90-96, junto con las de Iturriaga; he aquí —y traduzco— el comentario que le merecieron al compilador (pág. 25): «Las dos traducciones son incomparables: la de Iturriaga está en verso, la otra no; la del hernaniarra en vasco guipuzcoano, la de Miangolarra en vasco de Vizcaya; de fácil lectura y hecha para que cualquiera pueda entenderla la de Iturriaga, realizada teniendo siempre presente la pureza de la lengua la de Miangolarra».

que Miangolarra fue también poeta en castellano: publicó *Quejidos de mi salterio. Poesías escogidas* (Madrid, 1929 y 1952), que fue objeto de una reseña de Orixe²⁸.

Se diría que ya el orden en el que se publicaron por primera vez (I, III, V, VII, IX, II y IV) revela que Miangolarra, lo mismo que Iturriaga y sus lectores, quiso de algún modo establecer una conexión entre las églogas dialogadas de Virgilio y los desafíos de los bersolaris; no puede decirse, sin embargo, que tal equiparación tuviera mayor trascendencia en la propia traducción²⁹. Otra cosa es que en el texto vasco —como sucede en tantos otros casos de la época— predomine cierto casticismo a costa, naturalmente, de la fidelidad al original³⁰.

La equiparación —más o menos tácita— entre bucólica virgiliana y bersolarismo vasco constituye una buena muestra de cómo cada época y cada lector refleja su propio mundo en la lectura de los clásicos; la traducción de Miangolarra de la primera égloga contiene un ejemplo aún mejor ya que, si no me equivoco, la asignación de las tierras a los veteranos —que constituye el telón de fondo de la pieza en cuestión— viene recogida en unos términos que evocan el discurso nacionalista de la época. En efecto, parecería que, en las tierras que ha perdido Melibeo, el traductor ha querido hacer ver un reflejo de la patria vasca, y en «impious miles», en el *barbarus* que ha estado a punto de robarle sus posesiones, un símbolo de las fuerzas extranjeras que la oprimen. Así, «servitio... exire» (I, 40), en manos de Miangolarra, se convierte en «arrotsen buztarrpetik urrteterik» (literalmente, «salir del yugo de los extranjeros»); el verso que supuestamente debe entenderse en boca de Octaviano, «Pascite ut ante boves, pueri; summittite tauros» (I, 45), muestra una adición muy significativa: «Ia, gaztiak! basoratu zeuen beyak, buztarrtu idijak, eta bixi zaiteze, nai legez, zeuen lurretan» («¡Adelante, jóvenes! Llevad vuestras vacas al monte, uncid los bueyes, y vivid en vuestras tierras como os

²⁸ Apenas se encontrará nada sobre Miangolarra en las historias de la literatura vasca; los únicos que lo mencionan son J. San Martín, *Apéndice a «Escritores euskéricos». Correcciones y adiciones a la primera edición*, Bilbao, 1969, pág. 26, y S. Onaindia, *Euskal literatura, III. Bi menderen artean, 1895-1920*, Bilbao, 1974, págs. 146-148; aporta nuevos datos J. G. Etxebarria, «De vita exemplarium presbyterorum Vasconum», *Excerpta*, 28, 1988 (septiembre), págs. 567-568; sobre otros aspectos de su traducción y sobre el resto de su obra véase una vez más I. Ruiz Arzálluz, *op. cit.*, págs. 679-685.

²⁹ Recuérdese que las impares son dialogadas y las pares no. Si la serie se detiene en la IV es probablemente porque para entonces Miangolarra ya tenía prevista la publicación del libro de 1912.

³⁰ He probado en otro lugar (Í. Ruiz Arzálluz, *op. cit.*, págs. 682-684) que la traducción de Miangolarra está hecha sobre una de las ediciones del holandés Joannes Minellius (1625-1683); se trata de textos escolares, presentados de un modo un tanto novedoso para la época, y que tuvieron mucho éxito en toda Europa; en España se publicaron al menos dos, las de Manuel Ballesteros (Madrid, 1746 y 1796) y la de Pablo Antonio González Fabro (Madrid, 1773). No deja de ser curioso que Miangolarra eche mano todavía de uno de estos textos —que, por lo demás, resultan realmente prácticos—.

plazca»); en «At nos hinc alii sitientis ibimus Afros» (I, 64), el *hinc* pasa a ser «geure aberritik» («desde nuestra patria»). . . Quizá contribuya a esta interpretación una lengua con un fuerte color sabiniano y, no en último lugar, el hecho de que las traducciones de Miangolarra se publicaran por primera vez en los lugares antes señalados: *JEL* fue una revista cultural que publicó Juventud Vasca, una asociación dependiente del PNV que tuvo gran protagonismo en la vida cultural de aquellos años; la *Euzkadi* de la que aquí se trata —pues ha habido muchas—, dirigida por Luis Eleizalde entre 1905 y 1915, era continuación de la revista fundada por el propio Sabino Arana³¹.

Por estos mismos años, en una «Biblioteca de autores griegos y latinos» vinculada a los escolapios y —según todas las apariencias— de escasísima difusión en el País Vasco, salen a la luz de manera esporádica unas pocas traducciones de piezas breves o de extractos de obras mayores³²: el epodo II de Horacio traducido por Nemesi Mendizabal; el poema I de Mosco, por Polentzi Olaziregi; la oda XVIII («Teseo») de Baquílides, por Josu Azkue; y los versos 96 a 137 del poema de Arato, por J. M. Lertxundi Baztarrika. No deja de ser muy significativo que, de los cuatro autores mencionados, sólo Lertxundi es conocido por alguna otra publicación en el ámbito de las letras vascas³³: es muy probable que todos ellos fueran escolapios —como lo fue Lertxundi, el único sobre cuya biografía tenemos alguna noticia— y cabe suponer que fueran animados a llevar a cabo estas traducciones por parte de quienes dirigían la colección, ya que se caracterizaba precisamente porque, junto a los ori-

³¹ JEL son las siglas que corresponden a «Jaungoikua eta lagi-zarrak» ('Dios y Fueros'), lema del entonces recién fundado Partido Nacionalista Vasco. Sobre la vida, siempre azarosa, de estas revistas es indispensable A. Ruiz de Gauna, *Catálogo de publicaciones periódicas vascas de los siglos XIX y XX*, Vitoria, 1991, s. v.; véase también J. Díaz Noci, *Euskal prentsaren sorrera eta garapena (1834-1939)*, San Sebastián, 1995.

³² Horacio, *Épodos*, con la versión literal y diferentes traducciones a las lenguas ibéricas recopiladas por el doctor Cosme Parpal y Marqués, Madrid – Lisboa, [1910], págs. 33-37; Baquílides, *Teseo*, texto griego y primeras versiones españolas de Bosch, Montaner, Solé de Sojo, Gigirey y Azcue, Madrid – Lisboa, [1910], págs. 17-19; Mosco de Siracusa, *Amor fugitivo (Idilio)*, con la versión castellana de Nicolau de Olwer, las traducciones en verso de Conde, Montes de Oca, Franquesa y Gomis, Barcia Caballero y Olaziregi, y la paráfrasis portuguesa de Antonio Ferreira, Barcelona, [1910], págs. 22-23; Arato, *Los fenómenos (versos 96 a 137). La constelación Virgo*, texto griego y primeras traducciones de José Banqué y Faliu, Antonio González Garbín, Domingo Corominas y Prats, Juan Barcia Caballero y Juan Lertxundi, [Barcelona, 1912], págs. 17-20.

³³ Encuentro noticias sobre Juan Manuel Lertxundi Baztarrika en S. Onaindia, *op. cit.*, págs. 259-261, y en el artículo de B. Estornés Lasa en el *Diccionario enciclopédico vasco*, San Sebastián, 1988, xxiv, s. v., que, eso sí, aparecen repetidas o resumidas en varios lugares. Aquí sólo nos interesa consignar que nació en Tolosa, en fecha desconocida, y murió allí mismo en 1925; tal y como se ha señalado ya —y siempre según Estornés—, fue escolapio; colaboró con frecuencia en la revista *Euskal-Esnalea*, publicó sobre todo para el público infantil, y es autor también de una gramática vasca (*Euskal-iztiya*, San Sebastián, 1913) hoy, por lo que sé, poco menos que desconocida. Su producción vasca —pero no la traducción de Arato— viene recogida en J. Bilbao, *Eusko bibliographia*, San Sebastián, 1974, v, s. v.

ginales griegos y latinos, daba —aunque no de manera sistemática— traducciones a las diversas lenguas de la Península (asturiano, castellano, catalán, gallego, portugués y vasco)³⁴. En consonancia con lo anterior, las traducciones de esta «Biblioteca» pasaron perfectamente inadvertidas entre los vascófilos de la época: por lo que sé, ni los autores ni los textos —con las salvedades relativas ya citadas— aparecen apenas citados, hasta el punto de que ni siquiera han sido recogidos en ninguna bibliografía vasca³⁵.

Radicalmente distinto es el caso de las dos traducciones que Nicolás Ormaechea 'Orixe' publicó en 1919 en la edición guipuzcoana de *Jesusen Biotzaren Deya*, una revista de la Compañía que gozaba de cierta implantación en el País. Se trata, una vez más, del epodo II de Horacio (bajo el título «Nekazaritza») y de *Geórgicas*, III, 75-88, de Virgilio («Zaldia»)³⁶. Ambos intentos son auténticos *tours de force* en los que Orixe —personaje muy discutido pero, indudablemente, una de las grandes figuras de la literatura vasca del siglo XX— demuestra su dominio del verso y del idioma. Y lo mismo cabe decir de la traducción de dos pasajes de la *Iliada* que insertó, a título ilustrativo, en una conferencia pronunciada en 1921³⁷. Estos pequeños ensayos, junto con la *Antígona* —hoy ejemplar rarísimo— publicada en 1933 por Jokin Zaitegi (1906-1979)³⁸, anuncian el capítulo más importante de la historia de la traducción de los clásicos grecolatinos al euskera, que tendrá lugar en los años que siguen a la guerra civil³⁹.

³⁴ Hay una referencia a la traducción de Olaziregi en O. de Apraiz, «De fonética y etimología. En torno a la *n caduca*», *RIEV*, 14, 1923, 661-668, pág. 667, que aduce una cita de aquella como testimonio del fenómeno lingüístico sobre el que trata en el trabajo en cuestión. Señala también Apraiz que «el Sr. "Olaziregi" tar Polentzi" [es] hijo de Rentería, según creo».

³⁵ Empezando por mi «Catálogo de las traducciones vascas de obras latinas de la Antigüedad», *ASJU*, 22, 1988, págs. 541-546, y siguiendo por la bibliografía de J. Bilbao ya citada. Debo el conocimiento de estos textos a la amabilidad de Ramiro González Delgado, que ha llevado a cabo una minuciosa labor de reconstrucción e interpretación de lo que supuso aquella «Biblioteca»: R. González Delgado, «La Biblioteca de autores griegos y latinos de la Academia Calasancia», *Analecta Malacitana Electrónica*, 20, 2006, págs. 1-48 [en línea] < <http://www.anmal.uma.es/numero/Delgado.pdf> > [consulta: 30-IX-2009].

³⁶ N. Ormaetxea, «Zaldia», *Jesusen Biotzaren Deya (Gipuzkoako euskeraz)*, 36, 1919, pág. 123, e Id., «Nekazaritza», *ib.*, pág. 252. Posteriormente se han reeditado en N. Ormaetxea 'Orixe', «*Euskaldunak*» poema eta olerki guziak. *Poema «Los vascos» y poesías completas*, [ed. J. I. Goikoetxea], San Sebastián, 1972, págs. 595-597, y en Id., *Idazlan guziak. II. Itzulpenak*, ed. P. Iztueta, San Sebastián, [1991], págs. 19-21 («Zaldia» se recogió también en A. Ibiñagabeitia, «Orixe euskeratzalle», en *Orixe. Omenaldi*, San Sebastián, 1965, 87-117, pág. 99). Sobre diversos aspectos de estos dos textos trato con cierto detenimiento en Í. Ruiz Arzálluz, «El metro en las traducciones de los clásicos al euskara. I. Metros dactílicos y yambotrocaicos», *ASJU*, 21, 1987, 41-79, especialmente págs. 55-62. (Sobre la revista *Jesusen Biotzaren deya* puede verse S. Onaindia, *Euskal literatura, V. 1915-1940*, Bilbao, 1977, págs. 145-152).

³⁷ N. Ormaetxea, «Eusko olerkitzaz», págs. 36-37 (véase al respecto la nota 26). Se trata de *Iliada*, xxiii, 708-739 y 754-784.

³⁸ Sopokel, *Antigone*, Zaitegi'tar Joakin S. I.'ek euskeratua, Tolosa, 1933.

³⁹ Una semblanza de la figura de Orixe puede verse en L. Michelena, *Historia*, págs. 148-151; para la bibliografía posterior, y para algunas cuestiones generales relativas a su quehacer

A pesar del carácter todavía minoritario de la literatura vasca, las traducciones de autores clásicos que se llevan a cabo en estas primeras décadas del siglo o bien surgen en ambientes un tanto impermeables entre sí o bien tienen lugar en momentos distintos: Miangolarra se mueve en los círculos nacionalistas de Bilbao cuando Orixe está todavía estudiando en diversos colegios de la Compañía (Loyola, Burgos, Oña, etc.), y casi todos los colaboradores de la Academia Calasancia tienen, como hemos visto, una actividad meramente ocasional. Uno de los pocos espacios comunes será la revista guipuzcoana *Euskal-Esnalea* (1908-1931), en la que publicarán tanto Juan Manuel Lertxundi —el único de aquellos cuatro escolapios que, por lo que sabemos, tuvo cierta actividad literaria— como Orixe, y en la que verán la luz otras traducciones de autores clásicos⁴⁰. A lo largo de sus más de veinte años de vida, *Euskal-Esnalea*, una revista cultural redactada principalmente en vasco y que consiguió mantenerse al margen de las banderías políticas de la época, tuvo un papel importante precisamente como punto de encuentro de escritores muy dispares. En sus páginas vieron la luz con cierta regularidad traducciones —quizá sobre todo de poesía— desde diversas lenguas, y algunas también de autores griegos y latinos⁴¹: entre los años 1924 y 1927, Luzio Arregi publicó allí traducciones de Tibulo (I, 10), Catulo (3) y Ovidio (parte de *Epist.*, X, 19-86); también entre 1926 y 1928, Bedita Larrakoetxea —más conocido por sus versiones de Shakespeare— contribuyó con algunos fragmentos adaptados de autores griegos; en 1928 Patxi Etxeberria publicó en esta misma revista su traducción de 612 versos del libro I de la *Eneida*, empresa que no tuvo continuidad y

literario y que también afectan a la época que nos ocupa aquí, me permito remitir a las páginas iniciales de Í. Ruiz Arzálluz, «*Aitorikizunen*» historia eta testua. *Orixeren eskuizkributik Lekuonaren edizioa*, San Sebastián, 2003; sobre la finalidad que preside las traducciones de Orixe y, en particular, sobre su actitud contraria a la literatura me he detenido en «Literaturaren zertarakoa, itzulpenak eta hizkuntzaren auzia Orixerengan», en R. Etxepare, R. Gómez y J. A. Lakarra (eds.), *Beñat Oihartzabali gorazarre -Festschrift for Bernard Oyharçabal*, San Sebastián, 2010, págs. 805-818 (ASJU, 43 [1-2], 2009).

⁴⁰ Sobre esta revista véanse L. Villasante, *op. cit.*, pág. 340, S. Onaindia, *Euskal literatura*, V, págs. 335-344, y E. Garmendia, *Gregorio Mujika (1882-1931)*. «*Euskalerraren Alde*» eta «*Euskal-Esnalea*», Vitoria, 1998.

⁴¹ L. Arregi, «Albio Tibulo: Guda nazkagarriari», *Euskal-Esnalea*, 14, 1924, págs. 81-84; Id., «Cayo Valerio Catulo. ¡Lesbiaren txoria il da!», *ib.*, 15, 1925, págs. 41-42; Id., «Arianaren aieskak. Ovidiok egindakotik euskeratutakoa», *ib.*, 17, 1927, pág. 139. Por los mismos años la Academia de la Lengua Vasca había premiado una traducción de la égloga I de Virgilio del propio Arregi, que se publicó en la revista de la Academia: L. Arregi, «P. Virgilio Maron: Melibeo ta Titiroren arteko alkar-izketa», *Euskera*, 6, 1925, 35-39. B. J. Larrakoetxea, «Oreña. (Gerkeratik euskeratua)», *Euskal-Esnalea*, 16, 1926, págs. 202-203; Id., «Artza. (Gerkeratik euskeratua)», *ib.*, 16, 1926, pág. 217; Id., «Lugiña, mutikoa ta eskillosoak. (Gerkeratik euskeratua)», *ib.*, 17, 1927, pág. 63; Id., «Saloa. (Gerkeratik euskeratua)», *ib.*, 18, 1928, pág. 51; Id., «Elaia ta urretxindorra. (Gerkeratik euskeratua)», *ib.*, 18, 1928, pág. 71. E. de San José, «Jeronima deunaren esakunak (bere eskutitzetatik artutakoak)», *ib.*, 19, 1929, págs. 126-129. En fin, la traducción de la *Eneida* empezó a publicarse, *a puntate*, en esta misma revista: P. Etxeberria, «Birjilioren *Eneida* euskeraz. *Eneis*», *Euskal-Esnalea*, 18, 1928, págs. 24-28, 39-43, 81-84, 116-120, 193-196.

que constituye el primer intento de traducción vasca de la epopeya virgiliana —en los años cincuenta empezará a publicar la suya el padre Onaindia, que se completará sólo en 1966—; y en 1929 un prácticamente desconocido Eustasio de San José, carmelita, firmaba la versión vasca de una colección de sentencias de san Jerónimo⁴².

Conviene insistir en que todas estas traducciones siguen determinadas, desde luego no totalmente pero sí en gran medida, por la necesidad de probar la capacidad de la lengua de elevarse por encima del uso cotidiano —y por el deseo de mostrar el modo de contribuir a ello—. Antes se ha citado a Unamuno como representante de una ideología muy extendida que niega tal posibilidad y que alimenta, por tanto, esta reacción de los escritores vascos; otro personaje de primerísima fila que, en estos mismos años, echa su cuarto a espadas en la polémica es José Ortega y Gasset. No me resisto a transcribir las siguientes palabras de Michelena, que ilustran a la perfección el ambiente en el que surgieron las traducciones que nos ocupan⁴³:

Al valorar la lengua vasca se suele pecar con frecuencia, en mi opinión, tanto por defecto como por exceso. Más de uno se ha sentido inclinado a hablar despectivamente de su capacidad expresiva como lengua viva, y es muy posible que esto siga ocurriendo en lo sucesivo. Para citar un nombre ilustre, don José Ortega y Gasset no parece haber tenido mayores reparos para estampar esta rotunda sentencia: «Ser vasco es, sin más, una renuncia nativa a la expresión verbal. El misterioso pueblo vascongado posee un idioma elemental que apenas sirve para nombrar las cosas materiales, y es por completo inepto para

⁴² No encuentro dato alguno sobre Luzio Arregi. Para el caso de Bedita Larrakoetxea (1894-1990) apenas se puede remitir más que a S. Onaindia, *Euskal literatura*, V, págs. 52-57, a B. Estornés en el *Diccionario enciclopédico vasco*, San Sebastián, 1987, xxiii, pág. 181, y a la nota de G. Etxeberria en *Egan*, 1994, págs. 228-230. Últimamente se ha recuperado la figura de Etxeberria: P. Altuna, «Aita Patxi Etxeberria S. J. (1900-1989)», *Euskera*, 35, 1990, pág. 471-475 (ahora en Id., *Haizeak ez eramango!*, E. Pérez Gaztelu y E. Zulaika [eds.], San Sebastián, 2002, págs. 555-559); E. Garmendia, *Patxi Etxeberria (1900-1989)*, Vitoria, 2000; P. Etxeberria, *Lan hautatuak. Ehun urte (1900-2000)*, ed. G. Etxeberria, San Sebastián, 2000. Una de las últimas tareas a las que se aplicó el difunto Patxi Altuna fue precisamente la de ordenar y editar el legado de Etxeberria: pensé que entre aquellos papeles podría encontrarse el resto —u otras partes— de la traducción de la *Eneida*, y así se lo comuniqué a Altuna por carta; ésta, por desgracia, llegó demasiado tarde, pero desde el Archivo de Loyola me informaron amablemente de que no había nada similar entre los documentos de Etxeberria.

⁴³ L. Michelena, «La lengua vasca como medio de conocimiento histórico», *Zumárraga*, 6, 1956, 49-70, págs. 49-50; la cita de Ortega pertenece a «Los hermanos Zubiaurre», *Obras completas*, Madrid, 1983, II, 267-270, pág. 267. Sobre el caso de Pío Baroja —que había dicho cosas como que «para comentar a Platón, o a los clásicos, los vascos hemos llegado tarde a la cultura»— puede verse ahora I. Aldekoa Beitia, «Euskal literaturaz hiru apunte solte», en *Homenaje a Jean Haritschelhar*, Bilbao, 2008, págs. 1-15, que trata también sobre el conservadurismo implicado en estas traducciones, sobre todo en las que se hicieron después de la guerra.

expresar la influencia fugitiva de la vida interior». Cuando uno —dejando a un lado cualquier susceptibilidad— se pone a pensar en los fundamentos de esta condenación inapelable y cae en la cuenta de que el señor Ortega y Gasset, usando su propia expresión, apenas sabía que en vascuence *bai* significa ‘sí’ y *ez* quiere decir ‘no’, no se puede menos de sentir un compasivo asombro al ver la facilidad con que nos vemos arrastrados a hacer afirmaciones categóricas en terrenos que caen por completo fuera de nuestra competencia.

Cuáles son los autores o las obras que se traducen queda en un segundo plano: por la sencilla razón de que el objetivo principal no es —lo hemos visto a cada paso— poner al alcance de los lectores un texto que de lo contrario resultaría inaccesible. Así, en ocasiones prima el canon escolar, y por eso —aunque también por otros motivos— se traduce a Virgilio una y otra vez; pero el griego y el latín son en sí mismas lenguas escolares, de modo que casi cualquier cosa que se tome de ellas quedará revestida de ese halo de prestigio: de manera que también vale, por ejemplo, un discurso insertado en Tito Livio o en Quinto Curcio. Algunas veces —las menos— se ve que ha sido la gracia de un poema o el gusto por una obra determinada lo que ha originado la traducción: sin duda es el caso de los breves fragmentos de Anacreonte y Teócrito traducidos por Manterola, o los versos de Catulo, Tibulo y Propercio escogidos por Luzio Arregi. Esto no quiere decir que las traducciones de los grandes autores no estuvieran también movidas por una cierta simpatía hacia ellos, simpatía —en el sentido etimológico de la palabra— que no tiene por qué haber sido exclusivamente literaria: ya se ha visto que, muy probablemente, la relativa abundancia de traducciones de las *Bucólicas* tiene que ver con la relación que algunos quisieron ver en ellas con el mundo de los bersolaris y quizá también con una imagen tópica de los vascos que encontraba igualmente reflejo en el mundo pastoril virgiliano.

* * *

Durante las décadas siguientes a la guerra civil, el propio Orixe junto con un pequeño grupo de escritores se servirán de la traducción y, en una proporción nada desdeñable, de la traducción de los clásicos griegos y latinos, para mantener viva la literatura vasca, para difundir bajo ropaje vasco unos textos y unos autores determinados y para proponer unos modelos lingüísticos que, aun no siendo idénticos entre sí, tienen en común sobre todo —una vez más— la voluntad de elevar el euskera a las cotas más altas de la literatura y, por tanto, de la vida. Además de Orixe, forman el núcleo de este grupo Jokin Zaitegi (1906-1979) y Andima Ibiñagabeitia (1907-1967): lo que aquí nos interesa es que todos ellos parten de una concepción escolar de la literatura y los tres ven en la traducción un medio muy eficaz para alcanzar los objetivos antes mencionados. Zaitegi, que ya había publicado la *Antígona* antes de la

guerra, traducirá el resto de las tragedias de Sófocles, una buena porción de los diálogos platónicos y algunas obras más, tanto griegas como latinas, aunque quizá su mayor aportación sea la creación de la revista *Euzko-Gogoa*, primero en Guatemala y más tarde en Bayona. Ibiñagabeitia, que llevó a cabo una labor más bien periodística, se aplicó sobre todo a la traducción de las *Bucólicas* y las *Geórgicas* de Virgilio —la del *Ars amatoria* de Ovidio permaneció inédita—. El modelo lingüístico que propugnaba esta «Santa Trinidad vasca» —como se la ha llamado alguna vez, en expresión quizá no muy feliz— consistía en un purismo léxico y sintáctico cercano a Azkue y a Olabide pero bastante más moderado; Orixe, siempre aficionado a los experimentos y a nadar contra corriente, aspiraba también a crear un vocabulario filosófico —en el sentido más amplio del término— que, como en alemán o en latín mismo (cf. *Eindruck*, *qualitas*, etc.), se desarrollara a partir de los recursos de la propia lengua, sin tener que echar mano de préstamos, y para llevar a cabo este ensayo decidió —con notable acierto— traducir las *Confesiones* de san Agustín: es una historia que queda fuera del periodo de tiempo que aquí nos ocupa, pero que está estrechamente ligada a las traducciones de autores clásicos que empiezan a cobrar protagonismo en los años anteriores a la guerra.

APÉNDICE
Traducciones vascas citadas

AÑO	AUTOR	OBRA	TRADUCTOR	PUBLICACIÓN
1802	Quinto Curcio	<i>Historia de Alejandro Magno</i> , III, 5, 11-13	J. A. Moguel	<i>Versiones bascongadas</i>
1802	Salustio	<i>Conjuración de Catilina</i> , 58	J. A. Moguel	<i>Versiones bascongadas</i>
1802	Cicerón	<i>Catilinarias</i> , I 1; II 1	J. A. Moguel	<i>Versiones bascongadas</i>
1802	Tácito	<i>Anales</i> , I, 42-43	J. A. Moguel	<i>Versiones bascongadas</i>
1802	Tito Livio	<i>Historia de Roma</i> , XXVI 50; V 27	J. A. Moguel	<i>Versiones bascongadas</i>
1802	Cicerón	<i>Tusculanas</i> , V, 61-62	J. A. Moguel	<i>Versiones bascongadas</i>
1842	Virgilio	<i>Bucólicas</i> , I y III	A. Pascual de Iturriaga	<i>Fábulas y otras composiciones en verso vascongado</i>
1877	Safo	[I, 31]	J. J. Ormaechea	<i>Cancionero vasco</i>
1879	Anacreonte	XXIV	J. Manterota	<i>Revista éuskara</i> , 2
1879	Teócrito	<i>Idilios</i> , XIX	J. Manterota	<i>Revista éuskara</i> , 2

1880	Virgilio	[<i>Geórgicas</i> , II, 458-474]	M. Guilbeau	<i>Cancionero vasco</i>
1907-1912	Virgilio	<i>Bucólicas</i>	C. Miangolarra	<i>JEL, Euzkadi y Virgilio'ren artzain-abestijak</i>
1910	Horacio	<i>Epodos</i> , II	N. Mendizábal	<i>Academia Calasancia</i>
1910	Baquílides	XVIII	J. Azkue	<i>Academia Calasancia</i>
1910	Mosco	I	P. Olaziregi	<i>Academia Calasancia</i>
1912	Arato	<i>Fenómenos</i> , 96-137	J. M. Lertxundi	<i>Academia Calasancia</i>
1919	Horacio	<i>Epodos</i> , II	Orixe	<i>Jesusen Biotzaren Deya</i> , 36
1919	Virgilio	<i>Geórgicas</i> , III, 75-88	Orixe	<i>Jesusen Biotzaren Deya</i> , 36
1922	Homero	<i>Iliada</i> , XXIII, 708-739; 754-784	Orixe	<i>Lenengo euskalegune-tako itzaldiak</i>
1924	Tibulo	I, 10	L. Arregi	<i>Euskal-Esnalea</i> , 14
1925	Catulo	III	L. Arregi	<i>Euskal-Esnalea</i> , 15
1925	Virgilio	<i>Bucólicas</i> , I	L. Arregi	<i>Euskera</i> , 6
1926-1928	VV. AA.	Selección autores griegos	B. J. Larrakoetxea	<i>Euskal-Esnalea</i> , 16-18
1927	Ovidio	<i>Heroidas</i> , X, 19-86	L. Arregi	<i>Euskal-Esnalea</i> , 17
1928	Virgilio	<i>Eneida</i> , I, 1-612	P. Etxeberria	<i>Euskal-Esnalea</i> , 18
1929	S. Jerónimo	[<i>Sentencias</i>]	E. de San José	<i>Euskal-Esnalea</i> , 19
1933	Sófocles	<i>Antígona</i>	J. Zaitegi	Tolosa